

XIV

Doy, llorando, la eterna despedida
á nuestro amor de un día, al que reemplazan
las dos eternidades que se enlazan
al principio y al fin de nuestra vida.

XV

¡Cuánto angustia la eterna divergencia
de estas cosas humanas y divinas,
que dan grandes batallas submarinas
en el fondo del mar de la conciencia!

XVI

El valor me abandona, cuando veo
que, ni orando, mi espíritu se exalta.
No tengo de la fe más que el deseo.
¿Y la gracia de Dios? Esa me falta.

XVII

¡Que se incline mi espíritu, Dios mío,
del santo amor por la inmortal pendiente,
pues, así como al mar corre la fuente,
la fe es al alma lo que el cauce al río!

XVIII

Vine á buscar la dicha, y es lo cierto
que, presa de ese amor que nunca olvida,
está el rincón que ocupó en esta vida
más triste que el lugar donde hay un muerto.

XIX

Lucho y lucho con bárbaro heroísmo,
pero, luchando, es mi tortura tanta,
que aparto con las manos ahora mismo
la sangre que se agolpa á mi garganta.

XX

¡Dad ánimo, Señor, á la que tierna
siente en su pecho ese anhelar profundo
que da por una dicha de este mundo
las dichas todas de la vida eterna!

XXI

La acción de mi tremendo sacrificio
ha de ser por los ángeles cantada
hasta después que terminado el Juicio
circule en paz la tierra despoblada.

XXII

¡Adiós! Oigo en el templo el *Miserere*.
¡Voy á pedir por mi eternal reposo,
herida como el héroe religioso
que cae, mira al cielo, reza y muere!

CARTA CUARTA

DE CARMELA A FLORENTINA

Carmela escribe á su amiga Florentina que atrayendo á Pablo frecuentemente al convento por medio de su habilidad en el canto, consigne que no la olvide.

I

¡Con qué placer tan grande te lo cuento!
Víctima fiel de las memorias mías,
para escuchar mi acento,
el sol de mis primeras alegrías
acude á presenciar todos los días
los oficios divinos del convento;
y yo que, aunque soy monja rigorista,
sin faltar á las leyes del decoro,
por mis fueros de artista
puedo bien desde el coro
ser oída y oír, ver sin ser vista,
le atraigo dulcemente
con el arte bendito
que sin formas ni líneas, vagamente
consigue en lo interior de cuanto siente
juntar lo indefinido á lo infinito;
y aunque ayer contagiado
de mi canción por el ardiente fuego
me oía embelesado,
aguzando el oído como un ciego,
pasó nuestra pasión desconocida
para el alma dormida
de estas monjas honradas,

que tristes y en sus celdas encerradas
ven vegetar sin atrición la vida ;
y nadie en el convento,
mientras duró mi canto, ha conocido
que el uno al otro unido,
desde su pecho al mío era mi acento
un reguero de plomo derretido.

II

No en vano pretendía
que él oyese algún día
el temblor de mi voz apasionada,
porque yo bien sabía
que una mujer amada
oída es más temible que mirada ;
y así al buscar, oyéndome, consuelo,
dando ciego al olvido,
que es el amor en nuestro oscuro cielo
un sol que para siempre se ha extinguido,
en su pura inocencia
el infeliz no sabe
que siempre es cosa grave
someter el amor á la experiencia,
y por eso no advierte
que oír la voz de una mujer querida
hace adorar la vida,
como un clarín hace afrontar la muerte ;
y aunque yo, siempre honrada,
como una salamandra ya aguerrida
de mi edad más florida
la hoguera atravesé sin ser quemada,
hasta á mí misma su pasión me aterra,
pues temo que el volcán que mi alma encierra,
ante el calor de su recuerdo estalle :
¿ dónde hay amor tan puro en que no se halle
levadura del limo de la tierra ?
¡ Quiera Dios, quiera Dios que sus dolores
no reanimen de nuevo mis ardores,
como algún día, de sudor cubierto,
recordaba sus íntimos amores
al darle á san Jerónimo temblores
las ráfagas del viento del desierto !

III

Al llegar el instante
en que á hurtadillas veo
su extático semblante

envuelto en una nube de deseo,
del órgano primero acompañada
pulsé con diestra mano
una tierna balada,
difundida y mezclada
al monótono son del canto llano ;
y así, juntando á las divinas glorias
algo del cieno del humano goce,
con varias inflexiones que él conoce,
mis notas impregné de sus memorias ;
y en tanto que él me mira
con grandes ojos de ternura llenos,
yo, con el genio que el amor inspira,
hice, apelando al día de la ira,
al órgano lanzar rayos y truenos.

Y cuando estaba de dolor postrado,
sintiendo una agonía permanente,
á un altar apoyado,
para oirme, los ojos dulcemente
abría como un niño embelesado,
y á la postrera nota
en que el amor de lo pasado evoco,
más bien que como un loco,
miraba el infeliz como un idiota.

¿ Qué fué de la ventura
de este hombre de nobleza immaculada,
que hoy lanza, en su terrible desventura,
relámpagos de sangre su mirada
corriendo á toda prisa á la locura ?
¡ Oh ! ¡ Cuán honda tristeza
inspira al alma esa común flaqueza
de ver rodar, caída por el suelo,
la indómita fiereza
con que levanta con orgullo al cielo
su torre de Babel toda cabeza !

IV

Conforme él iba atento,
como un ciego de amor de nacimiento,
traduciendo mis notas en cariños,
pues ven por sentimiento
los ciegos, las mujeres y los niños,
toda el alma en el timbre del acento,
yo, iniciando con ánimo tranquilo
cierto tema de amor idealizado,
que es Fray Luis de León en el estilo,
por supuesto añadiéndole el pecado,
en escala ascendente

parodiando más tarde vagamente
 el plácido gorjeo
 del céfiro sutil del mar Egeo
 que el sol suele traernos del Oriente,
 copié luego los giros de la brisa
 que agitando indecisa
 las flores con sonoro movimiento
 va imitando la risa
 de niñas que están locas de contento;
 y al acabar mi canto, santamente
 pedí con voz doliente
 para él la dicha y para mí el olvido
 á ese gran Dios de las tristezas mías
 que la inmortal Naturaleza adora,
 y á quien manda sus himnos ó elegías
 cuando en la tarde, y al brillar la aurora,
 la tierra es un delirio de armonías!

V

Miradle allí rendido,
 como si fuese por un rayo herido,
 pensando en su locura
 «¿Por qué entré en el convento?»
 cuya triste y eterna conjetura
 hace su desventura,
 pues no hay carga mayor que el pensamiento.
 De este misterio el sin igual tormento
 será su torcedor hasta que muera,
 y como el ser que espera desespera,
 él vivirá desesperado y loco,
 y sin dar con la causa verdadera,
 así lo irá matando poco á poco
 la fiebre intolerable de la espera.
 Y yo ¿qué espero? Nada.
 Aunque ya escarmentada
 no olvido, para andar con pie seguro,
 que el presente es el filo de una espada
 y el pasado lo mismo que el futuro,
 un sueño entre una nada y otra nada,
 con humildad cristiana
 ya vivo convencida
 de que en toda la vida
 ni por Dios bendecida hay dicha humana;
 y sólo espero, por la muerte herida,
 á la tumba cercana,
 que el voto que del mundo me destierra,
 me abra un día en el cielo otra esperanza;
 que en el amor, lo mismo que en la tierra,
 cuando un mar se retira, el otro avanza.

VI

Soy dichosa de veras;
 ahora es cuando creo
 que la lira de Orfeo
 convertía en corderos las panteras;
 pues cuando, como un reo,
 á locura y á muerte condenado,
 me escuchaba aterrado,
 dando á mi voz, con afectada calma,
 una tierna inflexión que él no ha olvidado,
 reanimando su amor nunca apagado,
 le herí de frente en la mitad del alma;
 y su dolor fué tanto,
 que, apresuradamente,
 huyendo con vergüenza de la gente,
 del convento salió rompiendo en llanto;
 y yo, al verle salir, enardecida,
 mandándole una eterna despedida,
 con voz mezcla de hachazo y de lanzada,
 hice febril apresurar su huida
 al que lleva la imagen esculpida
 del Dios de mi niñez en su mirada...
 ¡Adiós, noble esperanza defraudada!
 ¡Adiós, único sueño de mi vida!

CARTA QUINTA

DE CARMELA A FLORENTINA

Anunciándole la muerte de Pablo y revelándole el secreto
 de su profesión.

I

Antes que mi memoria
 venga á falsear la intemperante historia
 que no calla lo suyo ni lo ajeno,
 desde este jardín, lleno
 de flores ignoradas,
 en donde, aunque no es moda ser cristiano,
 se ejercen con esfuerzo sobrehumano
 unas viejas virtudes desusadas,
 con el alma partida de tristeza
 mi espíritu iracundo
 se despide de un mundo
 en que no hay más virtud que la belleza.

II

Murió presa de un éxtasis divino
 el hombre enamorado
 que, siendo tan cortés como un Cruzado,
 tenía el corazón de un Antonino.
 Y aunque por él sentía
 el ciego amor que en el delirio toca,
 tengo, al saber que ha muerto, una alegría
 más triste que el contento de una loca.
 Pues por más que ahora mismo el sentimiento
 mi corazón destroza
 al recordar cuando á escuchar mi acento
 se mostraba en la iglesia del convento
 como un rey á la puerta de una choza,
 sin querer, ni saber en qué consiste,
 al llegar para mí la eterna ausencia
 de un ser que era mi vida y ya no existe,
 te declaro, en conciencia,
 que siento, como hay Dios, no estar más triste;
 y es porque considero
 que para mi alma ardiente es gran fortuna
 el que, muerto él primero,
 no pueda ser querido de otra alguna,
 y bendigo al Señor porque ha dejado
 mi espíritu en reposo.
 ¡Qué alegre está un celoso
 cuando muere antes que él el ser amado!

III

¡Tiene burlas que espantan el destino!
 ¡Cuando era más cantada mi belleza,
 me convirtió en un monstruo el Dios que vino
 á hacer una virtud de la tristeza!
 Yo soy, amiga mía,
 la que pasé por bella **entre** las bellas,
 y á quien Pablo algún día
 —Para verte, Carmela— me decía—
 hacen alto en el cielo las estrellas.—
 Pero ¡ay de mí! cuando llegó el instante
 de ser la esposa fiel de un fiel amante,
 un rayo repentino
 cayendo en mi semblante
 partió de medio á medio mi destino.
 Hoy ya puedo contarte que apartado
 este velo que ampara
 el recuerdo feliz de mi pasado,

parecen las arrugas de mi cara
 oquedades de un mármol oxidado;
 y más muerta que viva
 te diré que unas pérfidas viruelas
 en esta frente altiva,
 dejando de su paso las estelas,
 hicieron de mi cutis una criba.
 Y cauta, en previsión de que el amante,
 próximo á ser mi esposo,
 no viese este semblante
 que es de un idolo indiano en lo espantoso,
 para ocultar las huellas
 que dejó en mí la enfermedad traidora,
 fui buscando la sombra protectora
 que hace iguales las feas y las bellas;
 y sin perder momento,
 huyendo del amor con heroísmo,
 me vine á este convento,
 que me atrajo hacia sí como un abismo,
 y en él, haciendo al cielo
 una doble promesa,
 además de mis votos de profesas
 hice voto especial de llevar velo;
 pues aunque yo sabía
 que es sólo la belleza flor de un día,
 quise huir del mayor de los horrores,
 y es que Pablo me viese de este modo,
 sabiendo que en amores
 la realidad lo desencanta todo;
 y cierta de que el mundo embelesado
 más bien que al corazón, mira á la cara,
 pues siempre para el hombre enamorado
 vale más y es más bello un pie torneado
 que un palacio de mármol de Carrara,
 del mundo huí con varonil firmeza,
 pues, por más que el decirlo es cosa dura,
 lo que encanta en la vida es la belleza,
 y el alma en la mujer es la hermosura.

IV

Visto el mundo á través de mi tristeza,
 y estando convencida
 de que el hombre sólo ama la belleza
 y en faltando el amor, ¡adiós la vida!,
 voy á pensar ahora en mi pasado
 para poner en orden mi conciencia,
 porque es limpiar el alma del pecado
 el último pudor de la existencia.

En vez de ir imitando
 á estas hijas de Cristo,
 á quienes va matando
 la nostalgia de un cielo que no han visto,
 yo, fingiendo una santa penitencia,
 es tanto lo que lidio
 por terminar cuanto antes mi existencia,
 que entregada al cilicio y la abstinencia,
 es mi vida ejemplar un suicidio.
 ¡Morir! Nada hay que consolarnos pueda
 de una ilusión perdida,
 y más cuando en la vida
 la hermosura se va y el amor queda.
 ¡Morir! y morir pronto; he aquí la suerte
 que anhelo con empeño:
 como el hombre cansado llama al sueño,
 busca el triste el consuelo de la muerte.

V

Al ver el santo celo
 de estas pobres mujeres
 que atentas á cumplir con sus deberes
 por el camino real marchan al cielo,
 deseo arrepentida
 morir creyendo en Dios y en la otra vida:
 y aunque ruegan por mí con fanatismo
 estas monjas honradas,
 que creen que purifican mis miradas
 lo mismo que las aguas del bautismo,
 aun temo por el fin del alma mía,
 porque yo siempre he sido
 una grande impostora que ha sabido
 inspirar una fe que no tenía;
 y aunque hoy, crédula y tierna,
 el recuerdo del ser por quien suspiro
 es el cristal de aumento con que miro
 los horizontes de la vida eterna,
 tengo dudas si, al fin de la jornada,
 podrá morir del todo arrepentida
 esta desventurada
 que ha pasado la vida
 mirando á lo infinito sin ver nada.

VI

¡Qué malestar! ¿Si empezará, Dios mío,
 la muerte del planeta?
 ¡Los mármoles estallan con el frío,

y una bruma pesada el mar aquieta!
 ¡Adiós, adiós! ¡Voy á morir en breve,
 pues cual si fuese, como yo, otro muerto,
 sobre el mundo desierto
 echa el cielo una sábana de nieve,
 y oculta entre la atmósfera sombría,
 alguna mano fría
 parece que me entierra
 entre esa nieve, que será algún día
 el último ropaje de la tierra.

VII

¡Cuánto adoré y sufrí! ¡Pero adelante!
 ¿Qué importa lo sufrido y lo gozado,
 si después que los días han pasado
 lo mismo son un siglo que un instante?
 La leyenda irrisoria
 de mis tristes errores
 pasó ya, como pasa la memoria
 de los grandes placeres y dolores!
 ¡Reyes y emperadores,
 siglos de horror y de pasada gloria,
 todo caerá en la sima de la historia
 como el hoy y el ayer de mis amores!

CARTA SEXTA

DE FLORENTINA AL AUTOR

Florentina da noticia de la muerte de Carmela al autor, explicándole las
 circunstancias por las cuales murió en olor de santidad.

I

¡Y vuelta á repetirme que me quieres!
 Galante en procederes
 y en las palabras tierno,
 cualquiera dirá que eres
 un ave que hace nidos en invierno.
 ¿No ves, querido monstruo sin entrañas,
 que al ponderar tu amor como un falsario
 á esta pobre aldeana á quien engañas,
 te dirán que nos habla un millonario
 del placer de vivir en las cabañas?
 Es de tu ciencia el singular secreto